8839

POR NO PERDER LA PENSION,

COMEDIA EN UN ACTO,

ORIGINAL DE

DON JULIAN CASTELLANOS.

MADRID:
EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.
OFICINAS: FEZ, 40, 2.º
1869.

POR NO PERDER LA PENSION.

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/pornoperderlapension

POR NO PERDER LA PENSION,

COMEDIA EN UN ACTO,

ORIGINAL DE

DON JULIAN CASTELLANOS.

Estrenada en el Teatro Español el dia 8 de Diciembre de 1868.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1869.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA PRUDENCIA.....	DOÑA DOLORES MARTINEZ.
NIEVES.....	DOÑA EMILIA SANZ.
CASIANO.....	DON MARIANO FERNANDEZ.
SILVESTRE VERDUGO Y CAMPO ROJO.....	DON CIPRIANO MARTINEZ.
JACINTO.....	DON RICARDO CALVO.
BARTOLOMÉ.....	DON MANUEL ESTESO.

La escena en Madrid.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo,* son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO UNICO.

Sala decentemente amueblada, puerta al foro que da á la calle; á la derecha un balcon y una puerta que da á la cocina; á la izquierda dos puertas que comunican con las habitaciones interiores.

ESCENA PRIMERA.

D. CASIANO, aparece durmiendo en una butaca, con una servilleta atada al cuello, y el servicio del chocolate encima de la mesa. Ronca desaforadamente, y dentro se oye sonar repetidas veces una campanilla que hace duo á los ronquidos. Al poco rato se abre una puerta, y DOÑA PRUDENCIA, envuelta en una bata, asoma la cabeza, y al ver á D. Casiano, se dirige á él como una furia, y dándole un enorme pellizco en el brazo, le grita al oido.

PRUD. ¡Casiano!...

CASIANO. (Despertando despavorido.) ¡So...so...corro!... ¡So!... Mujer... qué eres tú! ¡Qué susto me has dado! Estaba soñando que un fantasma muy alto me asia por el cuello; pero por el escozor que siento, veo que por donde me ha cogido es por este brazo.

PRUD. ¡Maldito sueño! ¡Maldita!...

CASIANO. Prudencia mia, ¡por Dios! Si ya sabes que no puedo remediarlo... ¿para qué te pones así? Si ya sabes que pa-

608949

dezco una enfermedad, y que me duermo, á pesar mio, en la punta de una lanza. ¿No fuí franco contigo? No te dije al conocernos que tenia ese defecto?... Pues entónces?...

PRUD. Sí. pero yo no creia que era un defecto de tanto bulto, de tanta magnitud.

CASIANO. Mira, hija, de más magnitud, de más bulto es una joroba... y yo soy derecho.

PRUD. Lo que eres tú es un plomo.

CASIANO. Y tú una pólvora. Conque váyase lo uno por lo otro.

PRUD. Te parece justo, que hace más de una hora que tomé el chocolate...

CASIANO. Que te lo he llevado á la cama.

PRUD. Eso es: y que saliste por agua para lavarme y me has hecho aburrirme hasta el extremo de que me arroje de la cama y venga hasta aquí, en la forma en que me ves. ¡Oh! tu cachaza me quema la sangre! Yo no sé cómo he podido casarme contigo, siendo tan opuestos nuestros genios.

CASIANO. Qué quieres, hija, los extremos se tocan. La malva siempre crece junto á la ortiga.

PRUD. Yo no soy ortiga, lo sabes?

CASIANO. Mujer, si yo no digo que lo seas. Cuidado, que estás como granizo en albarda.

PRUD. ¿Y cómo he de estar, teniendo siempre á mi lado á una persona tan calmosa como tú? ¡Ni más ni ménos que mi difunto! Aquel sí que era todo un hombre... ¡Tan valiente, tan...

CASIANO. ¿Sí? Pues mira, por eso le descabezó un morazo. Los valientes y el buen vino duran poco.

PRUD. ¡Qué lástima de hombre! Tenia un pronto, que cuando se enfadaba era capaz de arrojarle á uno por el balcon, pero al minuto ya hacia una de él lo que queria. Recuerdo que una vez, por una disputilla insignificante, puso mano al sable y me dirigió una cuchillada, que si no bajo la cabeza me la divide; pero al cuarto de hora estábamos como dos tortolitos.

CASIANO. ¿Sí, eh? Pues si te acierta el abanicazo, buena hubieras estado al cuarto de hora para recibir sus caricias.

PRUD. Pues hijo, yo no sé qué es peor, haber muerto así, ó lentamente como tú me estás matando á fuerza de desazones.

CASIANO. Prudencia mia, dispénsame; salí de tu habitacion, me senté en esa butaca á desayunarme, y apénas habia tomado la segunda sopa, cuando el sueño agitó sobre m su corona de adormideras, y... adios mi dinero. Pero tu cariñoso aviso me ha despertado y voy en seguida á servirte. Ya sabes que á pesar de todo soy muy activo.

PRUD. Si no estuvieras durmiendo de cada veinticuatro horas veintitres y media. Pero en fin, anda, anda y ponme agua, que yo entre tanto daré un repaso á los periódicos. (Se sienta y se pone á leer: D. Casiano penetra en la cocina y sale con un jarro de agua que lleva á la habitacion de Doña Prudencia, despues de lo cual vuelve á la escena diciendo. Pausa.)

CASIANO. Vamos. hija mia, ya puedes arreglarte cuando quieras. Ya tienes el agua, y templadita.

PRUD. Ya voy, ya. (Sigue leyenso. Pausa.)

CASIANO. ¡Prudencia!... (Nada, se entusiasma tanto leyendo esas tonterías, esas paparruchas, que no es posible hacerla entrar en razon. ¡Qué afan de enterarse de lo que no la importa!) ¡Hija mia!... nada. ¡Prudencia mia!...

PRUD. Demonios, digo yo. Quieres dejarme?

CASIANO. (Ap.) (¡Qué amable es!)

PRUD. ¡Cuidado que es fuerte cosa que siempre me has de interrumpir á lo mejor!

CASIANO. Pero hija mia, si te se va á enfriar el...

PRUD. ¡Que se enfrie! No puede una sacar sustancia de nada. Ahora que llegaba á lo más interesante, me has distraido y... no encuentro el párrafo...

CASIANO. Sí: siempre estarás leyendo...

PRUD. ¡Lo que á tí no te importa! De lo que tú no entiendes ni una palabra. Estoy leyendo con delicia unas consideraciones sobre la nueva artillería rusa.

CASIANO. ¡Eso es! ¡Cabalito! Lo mismísimo que yo me presumia.

La cabra siempre tira al monte.

PRUD. Claro está: he sido esposa de un militar ocho años, y por lo tanto tengo una aficion decidida á las armas.

CASIANO. Pues hija mia; ya hace más de uno que eres mujer de un paisano, que maldita de Dios la inclinacion que tiene, ni á las casacas de dos colores, ni á esas mil clases de instrumentos que inventan todos los dias, con el cristianísimo objeto de que el género humano se rompa con más prontitud y perfeccion la crisma.

PRUD. ¿Y dime: por ventura tienes tú aficion á algo?

CASIANO. ¡Vaya si tengo aficion; y pequeña! ¿No me ves con qué entusiasmo me paso los dias enteros delante de la hornilla, confeccionando los platos más raros y sabrosos, conocidos por los más célebres culinarios?

PRUD. Sí; lo que eres tú es el hombre más cominero que he conocido en mi vida.

CASIANO. Qué quieres, mujer; á cada uno nos coge el demonio por su lado. Unos tienen aficion á la caza, otros á la esgrima, á la pintura, á las armas; pues bien, yo la tengo á la cocina. Todos los placeres del mundo son nada para mí en comparacion del que experimento saboreando un plato de leche gorda ó unos filetes de ternera, preparados por mi mano. Y todos los libros y los cuadros del universo, no valen á mis ojos lo que una receta de hacer crema ó huevos moles. La mesa y la cama: he ahí los dos objetos más caros para mí. Dicen, y con mucha razon, que el inventor de la cama debe estar á la derecha del Padre Eterno.

PRUD. ¡Oh! Aquí llegaba, aquí. (Lee alto.) «El cañon de nueve pulgadas, está formado de un tubo de acero, reforzado con dos hileras de anillos del mismo metal: el ánima está rayada con treinta y dos estrías...»

CASIANO. Ya verás hoy si os preparo mala sorpresa. Voy á confeccionar un plato que os chupareis los dedos de gusto. (Doña Prudencia no le hace caso, y D. Casiano se duerme, dejando escuchar su respiracion.)

PRUD. (Leyendo alto.) «El cañon resistió setecientos disparos

sin sufrir la menor avería, y se mostró que un cañon de nueve pulgadas, cargándose por la culata, reforzado con dos hiladas de anillos de acero, es completamente sólido y capaz de hacer un número de disparos mucho mayor de los que son necesarios en circunstancias ordinarias.» (Declamando.) ¡Me entusiasman estas cosas! ¡Oh! si yo fuera hombre, seria artillero. Ya me parece que estoy en ello, en el campo del honor; allí, disparando metrallazos á diestra y siniestra.

CASIANO. Já! já! já! já!

PRUD. ¿Te burlas de mí? ¡Infame!

CASIANO. Já! já! já! já!

PRUD. ¡Bribon! ¡ahora verás! (Se alza furiosa y se dirige á él, pero viéndole dormido, dice:) ¡Calla! si es que se ha dormido otra vez. Este hombre es un liron, una marmota. ¡Uf! me pudre la sangre. ¡Casiano, ó demonio!

CASIANO. (Despertando sobresaltado.) ¿Qué es eso, mujer? Qué pasa? Qué pasa?

PRUD. Maldito sueño!... pareces hijo de los siete durmientes. Nada, es preciso hacer contigo lo que hacen los andarines árabes.

CASIANO. ¿Qué hacen esos señores, mujer?

PRUD. Al echarse, se atan á una pierna una cuerda encendida, que quemándoles cuando llega á la carne, les avisa que es hora de despertar.

CASIANO. Mira, mira, hija mia; yo soy cristiano viejo y no necesito esa clase de avisos.

PRUD. Lo que tú necesitabas para espavilarte era un metrallazo.

CASIANO. Gracias, hija. (¡Qué inclinacion tiene al arma gruesa!) Pero se va haciendo tarde y no quiero que al almorzar falte el platito prometido. Voy, voy á confeccionarle en un santiamen.

PRUD. Anda con mil demonios. (Casiano llega hasta la puerta y vuelve.)

CASIANO. Prudencia mia, que te se va á enfriar el agua...

PRUD. Con dos mil de á caballo, déjame en paz...

CASIANO. ¡Qué dulzura! Vamos, si es mucha la amabilidad de mi costilla. (Váse.)

ESCENA II.

PRUDENCIA sola, á poco D. SILVESTRE, por el foro.

PRUD. Nada, es indudable; dice muy bien el articulista; los rusos, continuando así, tendrán dentro de poco la mejor artillería del mundo.

SILV. Buenos dias, señora.

PRUD. ¡Ah!... (Estoy sin arreglar... Ese gallego del demonio por qué no habrá pasado aviso.) Caballero, dispénseme usted, pero no estoy visible... La sorpresa... (En ademan de levantarse.)

SILV. Quietecita. Yo la veo á usted perfectamente. Está usted muy guapa.

PRUD. Jesus, qué hombre!

SILV. Yo soy muy franco: las mujeres me gustan ustedes más desnudas; es decir, sin vestir, sin perifollos ni arrumacos. Ademas de eso, yo soy militar, y como buen militar, me gustan mucho las sorpresas.

PRUD. (Yo he visto á este hombre y no sé dónde.)

SILV. Pero basta ya de preámbulos, y vamos al grano. Yo tengo que hablar mucho con usted, y por lo tanto, con su vénia, me posesiono de esta silla; porque despues de los noventa y nueve escalones que hay hasta llegar aquí, se hacen ganas de asentar las posaderas.

PRUD. (No he visto hombre más original.)

SILV. ¿Usted no me conocerá á mí?

PRUD. Recuerdo su fisonomía... pero nada más.

SILV. Eso ya es algo.

PRUD. Esa cicatriz...

SILV. Comprendo perfectamente. Esta cicatriz es un sello por el cual no olvida mi fisonomía el que la ve una vez. Esta señal es la marca, con la diferencia que los potros de mi escuadron las llevan en las ancas, y yo la llevo en la mejilla.

PRUD. (¡Qué atrocidad!)

SILV. Ahora bien, señora; si usted me conoce poco, yo en cambio la conozco á usted mucho... conque váyase lo uno por lo otro.

PRUD. ¿Á mí?

SILV. Sí, señora. Yo me llamo don Silvestre Verdugo y Campo Rojo, fuí á África agregado al regimiento de su marido de usted, y esta cicatriz está hecha por el mismo sable que la dejó á usted viuda.

PRUD. ¡Dios mio!

SILV. Como usted lo oye... El capitan Salcedo, su difunto esposo, iba á mi izquierda cuando cargamos al campamento enemigo. Un morazo atroz se encara con él... y ¡zás! le sacude tal cuchillada, que la cabeza saltó de sus hombros como una guinda...

PRUD. ¡Jesus!

SILV. Yo entónces llego, seguro de vengarle, pero el morazo revuelve contra mí y... ¡zás! me atiza un revés que me hizo ver las estrellas, y eso que era por la mañana.

PRUD. ¡Pobre Damian mio!

SILV. Salcedo se quedó allí descabezado y yo fuí conducido al hospital de sangre, de donde salí al cabo de algunos dias sordo completamente de este lado. (Señalando á la cicatriz.) Pero si el abanicazo aquel me privó de un oido, en cambio me valió ser comandante efectivo, y retirarme despues con toda la paga, motivo por el cual he tenido la honra de ver á usted al ir á cobrar la mesada.

PRUD. ¡Oh! ¿ha sido allí?

SILV. Sí señora, allí mismo: yo la veo á usted acudir todos los meses, á cobrar su pension como viuda.

PRUD. (¡Cielos, si llega á saber este hombre que estoy casada de ocultis!)

SILV. Y francamente, señora, yo que siempre he tenido una antipatía inmensa al matrimonio; yo que he hecho cincuenta mil juramentos de no ingresar nunca en la cofradía de San Márcos, he perdido los estribos desde

que ví á usted...

PRUD. (¡Dios mio!)

SILV. De tal manera, que á semejanza de los reclutas en los primeros dias de picadero, no me tengo ya sobre los arzones...

PRUD. (¡Qué compromiso!)

SILV. Estoy lo que se llama hecho un bárbaro por usted. En esta virtud, y siendo comandante efectivo de caballería, contando con cuarenta y ocho navidades, algunas faneguillas de tierra en la Mancha, mi pais natal, tres molinos de viento, veinte colmenas, seis burras de leche, y un corazon más grande que las pirámides de Egipto, á usted suplico encarecidamente se digne acceder á mi peticion, con lo que quedará altamente agradecido, su más rendido y apasionado, etc.

PRUD. (¡Dios mio, qué apuro! ¿Qué respondo yo á este hombre?)

SILV. Ya ha oido usted mi confesion, señora .. conque sí, ó no, como Cristo nos enseña.

PRUD. (No se me acurre nada, sin embargo le diré cualquier cosa, haber si desiste.) Señor don Silvestre, yo le agradezco mucho su atencion; pero es forzoso...

SILV. ¿Que siente usted á su esposo? Eso es muy natural: pero es preciso no desconsolarse de esa manera. Ademas, los militares estamos curados de espantos; ayer le tocó á él, y mañana tal vez me toque á mí: el viaje á la otra banda, es cuestion de fecha, señora.

PRUD. Bien, pero yo tengo una sobrina en mi compañia, que está ..

SILV. ¿Que usted lo pensará? Corriente: tampoco me incomodo por eso. Piénselo usted á sus anchas: no es puñalada de pícaro. Cuarenta y ocho años he tardado yo para decidirme, conque justo es concederla á usted algunos minutos para pensarlo. Pero tenga usted en cuenta que yo no sufro nunca desaires; que si hay algun rival, le mato; y por último, que la aseguro de rodillas, que mi corazon la quiere con la fuerza de diez mil caballos. (Se arrodilla.)

ESCENA III.

DICHOS y D. CASIANO, con mandil blanco, un cazo y una cuchara.

CASIANO. Prueba, prueba verás qué crema... (Viendo á D. Silvestre.) ¡Cielos!... ¡Infame!...

PRUD. ¡Calla!

CASIANO. ¡Traidora!

PRUD. ¡Vete!

CASIANO. No quiero.

PRUD. ¡Vete pronto!

SILV. (Apercibiéndose.) ¿Qué es eso?

PRUD. ¡Caballero!...

SILV. ¿Cocinero, eh? ¿Y la desobedece?... Yo le diré. (Se dirige á D. Casiano en ademan ofensivo y este se retira hasta la puerta, viendo lo cual, le dice D. Silvestre, enseñándole los puños.) ¡Largo, tunante!... La subordinacion es el principio fundamental de la disciplina militar.

CASIANO. (Quedándose á la puerta.) ¡Esto sólo me faltaba, Dios mio!

PRUD. (Disimulemos.) ¡Como la ven á una sola, abusan!...

SILV. Señora, lo dicho: yo la amo á usted con la fuerza de diez mil caballos...

CASIANO. ¡Yo sudo!...

SILV. Y si cualquiera la molesta, dígamelo y le desnuco en seguida. Yo soy así.

CASIANO. Qué barbaridad! Ni en tiempo de Atila se conculcaban de esta manera los sagrados derechos de esposo.

SILV. Hasta luego, que volveré por la contestacion. (Váse.)

ESCENA IV.

PRUDENCIA y CASIANO.

CASIANO. ¡Mujer infame!...

PRUD. Casiano, no seas bruto.

CASIANO. ¿Conque soy bruto, eh?..

PRUD. ¡Casiano, no seas animal!

CASIANO. ¿Conque soy animal, eh?... Sí, en eso quiere usted trasformarme: en cuadrúpedo... en venado.

PRUD. ¡Calla!...

CASIANO. No me da la gana. ¡Estamos! Me sobra la razon por cima de la tapa de los sesos.

PRUD. Lo que te sobra á tí, es otra cosa.

CASIANO. (Llevándose la mano á la cabeza.) ¡No! á mí no me sobra nada.

PRUD. Sí te sobra.

CASIANO. ¡No me sobra!

PRUD. Sí: te sobra barbaridad, estupidez...

CASIANO. Muy bien, señora!... ¡muy bien! Insúlteme usted!... ¡insúlteme usted! para que se cumpla en mí el refran de... despues de... ¡No lo quiero decir!... apaleado.

PRUD. ¡Já! ¡já! ¡já!...

CASIANO. ¿Se rie usted, señora? Se rie usted? Une usted el sarcasmo al crímen. ¡Y yo lo sufro! ¡Yo lo tolero!... ¡Uf!... Voy á hacer un disparate. Voy... (En actitud amenazadora.)

PRUD. Lo que va usted hacer, es asentarse en esa silla, ya se me ha subido á mí el gato á la parra.

CASIANO. ¡Señora!...

PRUD. Siéntese usted, escuche, y juzgue despues.

CASIANO. Yo no tengo que escuchar nada: me basta con lo que estos ojos han visto.

PRUD. Es que, como dice el evangelio, hay muchos que tienen ojos y no ven, y oidos y no oyen, y tú eres uno de ellos.

CASIANO. ¡Señora! ¡señora! No abuse usted más de mi mansedumbre, de mi paciencia. Yo he visto con estos mismos ojos á ese hombre arrodillado delante de usted, y le he oido decirla que la ama con una fuerza de diez mil... demonios que le lleven!... ¡Dios padre me perdone!

PRUD. ¡Muy bien!... Y á mí, qué me has oido responderle?

CASIANO. Á usted? á usted!... nada.

PRUD. ¡Pues entónces!...

CASIANO. ¿Entónces qué?... No sabe usted que el que calla otorga?

PRUD. El que calla, no dice nada. Y ademas, qué culpa tengo yo que un hombre audaz se me presente, y á tenazon me diga que se muere por mí? Si yo no le doy esperanzas; si no falto á mis deberes, cometo yo algun delito?

CASIANO. ¡Ah!...

PRUD. Nosotras ¿tenemos la culpa de que existan hombres atrevidos y libertinos?...

CASIANO. ¡Oh!...

PRUD. Que sin respetar lo sagrado del hogar doméstico siembren la discordia en el corazon de las familias?

CASIANO. ¡Prudencia de mi alma! perdóname, perdóname... Te lo pido de rodillas. (Se arrodilla.) Te he ofendido mucho... ¡Soy muy animal!

PRUD. ¡Claro!...

CASIANO. ¡Muy bruto!...

PRUD. Sí...

CASIANO. ¡Muy estúpido!

PRUD. Es verdad...

CASIANO. Y merecia no una albarda, sino ciento.

PRUD. Tienes razon.

CASIANO. Haber dudado de tí, cuando eres la mejor de las mujeres: tan cariñosa, tan amable, tan buena, tan hermosa, tan... tan... tan... Vamos, no tengo palabras con que expresarte mi reconocimiento. Mira! desde que ví aquel hombre á tus piés, se me figuró que me habias hecho crecer lo ménos una cuarta.

PRUD. Pues ya ves, como no ha sido así.

CASIANO. ¡Ay! Prudencia mia!... tú no sabes el peso que me has quitado de aquí (Señalando al corazon.) y de aquí. (A la cabeza.)

PRUD. Ahora que ya estás razonable, entre los dos, veamos la manera de conjurar los peligros que nos rodean.

CASIANO. ¡Cómo! ¿Estamos cercados de peligros?

PRUD. Sí, Casiano.

CASIANO. ¡Dios mio!

PRUD. Ese hombre se me ha declarado, y va á volver por la contestacion.

CASIANO. Se le dará con la puerta en los hocicos.

PRUD. No puede ser... hay que recibirle.

CASIANO. ¡Pero Prudencia!

PRUD. Hay que recibirle. Ese hombre me cree viuda todavía, y me conviene que siga en esa creencia.

CASIANO. Pues mira, hija, á mí no me conviene. Yo le diré que soy tu marido y él desistirá...

PRUD. Tú, no le diras nada.

CASIANO. ¡Canasto!

PRUD. No hay canasto ni canasta.

CASIANO. ¡Pero!...

PRUD. No hay pero ni pera: escúchame; ese hombre es un comandante retirado que ha servido con mi difunto y que cobra de los mismos fondos que yo. Él sabe que sigo percibiendo mi pension como viuda, y si se entera de que soy casada, da parte y...

CASIANO. ¡Ah! Comprendo la pavorosa realidad! ¡Desventurados de nosotros!...

PRUD. Si nos denuncia, adios pension.

CASIANO. Es cierto, si eso sucede, no tenemos más remedio que pedir hospedaje en San Bernardino.

PRUD. Esta es nuestra situacion.

CASIANO ¡Situacion espantosa! ¡fatal! ¡inevitable! .. Ciervo ó camaleon!... ¡terrible disyuntiva! (Llora: despues de una pequeña pausa dice:)

PRUD. Casiano...

CASIANO. ¿Qué?...

PRUD. No te abandones al dolor. Los peligros no se conjuran con lágrimas, sino con energía y travesura. Dios ha cortado los corazones á medida de lo que deben sufrir.

CASIANO. Sí, por eso ha cortado el mio tan pequeño, para que estuviese siempre entre cacerolas y entre cremas.

PRUD. ¡Ah! si olvidábamos lo mejor; nuestra sobrina, que tiene un genio privilegiado, encontrará en seguida un ar-

did apropósito.

CASIANO. Tienes razon, mujer; Nieves es poetisa, es escritora; y ella que siempre está formando argumentos y enredos, encontrará con más facilidad el medio de sacarnos de este laberinto.

PRUD. Sí, sí; voy á arreglarme un poco y al paso la enteraré de lo que nos sucede. (Váse.)

ESCENA V.

D. CASIANO, á poco D. SILVESTRE, por el foro.

CASIANO. ¡Cuántas emociones! ¡cuántos disgustos! Bien acertaba el que dijo que la vida es un pepino, y que el que come primero la coronilla, que es lo dulce, tiene despues que comerse el pezon, que es lo más amargo. ¡Oh! la vida es una cadena de sufrimientos. El mundo... es... si... que... yo... ya... (Se duerme y ronca tranquilamente.)

SILV. ¡Qué cabeza la mia!... Con las glorias se va la memoria... Me fuí sin el baston. ¿Dónde le dejaria? (Buscándole.) ¡Ah! ya le veo... Qué bien duerme este mameluco, cómo abusa de la bondad de mi futura! Cuando yo mande en esta casa, yo haré que este haragan ande derecho; entre tanto paciencia, y... (Va á coger el baston que está reclinado en la butaca donde duerme D. Casiano, quien despertando sobresaltado, coge á D. Silvestre por el cuello gritando:)

CASIANO. ¡Date, ladron!...

SILV. ¡Miserable! (Rechazándole de un pechugazo.)

CASIANO. ¡Cielos! El hipopótamo!

SILV. ¡Si no mirara la casa que piso! (Alzando el baston.)

CASIANO. ¡Pero caballero!...

SILV. ¿Que eres el cocinero? De sobra lo sé, bribon, de sobra lo sé.

CASIANO. ¡Qué barbaridad!

SILV. ¿Que tenga piedad, eh?... Bueno, pero cuidado con otra. Cuidado con propasarse la segunda vez, porque entónces, te desuello vivo.

CASIANO. ¡Jesus, qué bruto! Y oye como los gigantones.

SILV. ¿Manotones? Yo no doy manotones, yo cintarazo y tente perro.

CASIANO. ¡Si no digo eso! (Gritándole al oido.)

SILV. ¡Habla más bajo, que no soy sordo... soy semi... nada más.

CASIANO. Pues señor, estoy lucido...

SILV. ¿Estás agradecido, eh?... Pues me alegro, porque de esa manera te prestarás con más gusto á responder á varias preguntas que necesito hacerte. Mira, yo voy á casarme con tu ama.

CASIANO. ¡Aprieta, resfriado!...

SILV. Pero ántes de hacerlo, quiero saber á fondo sus cualiddes, y nadie mejor que tú que vives en su compañía puedes informarme...

CASIANO. ¡Dios mio! ¿para cuándo son los rayos?

SILV. Conque dime... dime...

CASIANO. (Uf!... ¡ah! qué pensamiento! Sí, aprovechemos la ocasion.)

SILV. Habla, hombre, habla...

CASIANO. (Amparado vas.) Bien, pero ántes de hacerlo, deme usted su palabra de que no ha descubrirme...

SILV. Pierde cuidado.

CASIANO. Es que si se llegara á saber...

SILV. ¿No te he dicho ya que pierdas cuidado?

CASIANO. En esa seguridad, le digo á usted que renuncie á la mano de mi señora, si no quiere ser el hombre más infeliz del universo.

SILV. Explícate, hombre... explícate!

CASIANO. Mi señora es caprichosa hasta la exageracion; unos dias se los pasa riendo como una tonta, y otros llorando y pataleando como un condenado.

SILV. Adelante: esas son pequeñeces.

CASIANO. Ademas, es muy comilona, mucho, parece descendiente de Heleogábalo.

SILV. Pequeñeces tambien: eso seria cuestion de un pienso más.

CASIANO. (¡Qué bárbaro!) Tambien es muy golosa, mucho!

SILV. Pequeñeces... Yo tengo veinte colmenas, conque ya ves tú si puede hartarse de dulce.

CASIANO. (¡Diablo!) Tiene un génio como un tigre... Es más que mujer una arpía, una furia, un demonio...

SILV. ¿Pero sin rabo, eh? (Sonriéndose.)

CASIANO. Qué sé yo si tiene rabo... ¡Vaya una sandez! Lo que sí tiene, son unas uñas... que ya, ya... ¡Pega cada arañazo!...

SILV. ¿Conque araña? ¡Qué cosa más graciosa!... ¡Já! ¡já! ¡já!...

CASIANO. ¿Conque graciosa? ¡eh!

SILV. Sí, hombre, sí... Á mí me entusiasman los grandes caractéres. Yo no podria toledar á mi lado á una mujer que tuviese histéricos y jaquecas: yo quiero una amazona, una mujer resuelta, fuerte.

CASIANO. Sí, sí, una especie de cabo de gastadores. (¡Pues señor, me luzco, pero no desisto!) Ademas, tiene la desventaja de no saber hacer nada.

SILV. ¡Claro! Como que ha nacido para mujer de militar... ¿No sabes tú que nosotros tenemos siempre asistentes?

CASIANO. Luego... es más pobre que una rata: no tiene nada.

SILV. ¿No tiene nada?... No importa, con lo mio tiene bastante.

CASIANO. (Hagamos el último esfuerzo.) Ademas, creo que tiene un compromiso.

SILV. ¡Cómo un compromiso!

CASIANO. Es decir, que tiene uno que la hace el oso...

SILV. ¿Sí, eh? Pues bueno, tú me dirás quién es, y en cuanto le eche los ojos encima, le agarro así... (Le coge por el cuello.)

CASIANO. ¡Ay!

SILV. Y le paso de una estocada de parte á parte.

CASIANO. ¡Qué atroz!

SILV. Casualmente para estas cosas me pinto yo solo. Será el décimosexto que he mandado á lo otra banda.

CASIANO. ¡Qué barbaridad! Este hombre es peor que un médico.

SILV. Recuerdo que siendo yo jóven, empezó uno á hacer cocos á una tripicallera boquirrubia á quien yo queria, y una noche le despaché en un santiamen: entónces era yo sargento segundo.

CASIANO. ¡Calla! usted es oficial de cuchara?

SILV. No, bárbaro, soy de caballería. Te agradezco infinito tus advertencias, y para probarte mi reconocimiento, toma, toma, para que refresques á mi salud. (Le alarga una peseta.)

CASIANO. ¡Cómo! ¿Yo tomar?...

SILV. Á mí no me desaira nadie... estamos? Toma, y... hasta luego. (Váse.)

ESCENA VI.

CASIANO, á poco BARTOLOMÉ.

CASIANO. Esto sólo me faltaba... tener que recibir una peseta del hombre que pretende arrebatarme á mi mujer. ¡Oh! Esto es inconcebible, absurdo, bárbaro. Treinta y cuatro cuartos!... ¡Oh! sí, no hay remedio, estoy decidido... me cuelgo. Esta peseta me servirá para comprar un cordel... es el mejor empleo que puedo darla. De este modo terminarán de una vez mis desventuras. Cojo la cuerda, hago un nudo corredizo, me le hecho al cuello, ato un extremo á los hierros del balcon y pataplum, me ahorco, sí, me ahorco; estoy resuelto. Venga el cordel. ¡Bartolomé! Bartolomé!

BART. Manda usted, señuritu?

CASIANO. Toma, y tráeme en seguida, en seguida... una botella de cerveza. Tengamos filosofía... voy á hacer un ahorcado muy feo... Me quedaria con tanta lengua fuera ..

BART. Una butella, de qué?...

CASIANO. De cerveza.

BART. Cer... veza?

CASIANO. Sí, hombre, sí, cerveza fuerte, muy fuerte.

BART. Guenu... guenu... conque cerveza, cerveza.

CASIANO. Mira, ves por ella á ese café de enfrente; pero tráela

pronto y guardadita, muy guardadita, que no te la vea nadie.

BART. Guenu. (Váse.)

CASIANO. Sí; no quiero que se aperciba mi Prudencia de que me permito esta gollería, pues si se enterase, flojillo tiberio se iba armar. Me temo que no sepa Bartolomé pedir la cerveza. No hace más que seis dias que llegó de la montaña, y aún no ha tenido tiempo de desasnarse. (Al balcon.) Mientras sube, daré una vueltecita á la cocina, no se me pegue algo. Hoy con tantas peripecias no he podido entregarme, como de costumbre, á mi predilecta ocupacion. (Váse.)

ESCENA VII.

BARTOLOMÉ, con una botella de cerveza.

¡Ah! nu anda pur aquí! Me alegru muchu, pues me viene haciendu unas cusquillas esta butella... me están dandu unus pensamientus... ¡Carachu! qué cusa tan guena será estu cuandu tan á cunciencia la tapan! ¿Á qué sabrá? Debe ser muy gustosu, muy dulce, porque tiene ahí una asemejanza al rusoli... Y anda, que está flujitu este alambre; parece que han queridu enmarumar á un toru... Vamus, vamus, Bartolu, no seas negadu, no se ha hechu la miel para la boca del asnu.. deshecha ese mal pensamientu... ¡Pero si debe ser tan ricu!... y luegu que un trajitu pequeñu nu se nutaba... Sí, sí; la destapu, la destapu con cuidaditu, empinu, y vuelvu á tapar incontinenti... ajá... ya está quitadu el alambre... ahora el corchu... (La botella estalla, y Bartolomé, asustado, cae en una butaca gritando.) ¡Sucorru! ¡sucorru! que me matan!...

ESCENA VIII.

DICHO y D. CASIANO y DOÑA PRUDENCIA, que aparecen al mismo tiempo por distintas puertas.

PRUD. Qué voces son estas?...

CASIANO. (¡Bárbaro!... Tiró el diablo de la manta.)

BART. ¡Ay! ay!... Yo nu sé dónde me dieron el balazu... Señurita, aquellu... aquellu. (Señalando á la botella.)

PRUD. ¡Cómo! cerveza!... ¿Quién bebe cerveza en mi casa sin saberlo yo?...

CASIANO. (Disimulemos.) (Cogiendo al gallego.) Sí, infame! di, quién bebe aquí cerveza?... (¡No digas nada!)

PRUD. ¡Responde!... ¡responde! (Cogiéndole tambien.)

BART. ¡Peru!... (Mirando á uno y á otro.)

PRUD. ¡Habla!...

CASIANO. (¡Calla!)

BART. ¡Peru!...

CASIANO. (¡Calla!)

PRUD. Habla, ó te coso á pellizcos. (Le pellizca.)

BART. ¡Ay! ¡ay! Ya no sufru más... El amu es quien la bebe, el amu...

CASIANO. ¡Mientes, bribon! que yo no la he probado.

BART. Ni yo tampocu, pero usted me diú lus cuartus para ellu.

CASIANO. ¿Sí? pues ahora te voy á dar... (Le echa á puntapiés por el foro.)

ESCENA IX.

CASIANO, PRUDENCIA.

PRUD. Repórtese usted, esposo despilfarrador, ¡gastarin infame!

CASIANO. ¡Prudencia!

PRUD. ¡Bribon! ¡Hipócrita!... ¡Bebedor de cerveza!

CASIANO. Pero, mujer... si yo...

PRUD. No hay pero que valga. ¡Disipador! ¡mal esposo! Mal...

CASIANO. ¡Bien! sí... Y qué? Y qué?... (Con cólera.)

PRUD. ¡Bribon! ¡Infame!...

CASIANO. ¡Silencio!... ¡Silencio he dicho!... Ya se me han hinchado á mí las narices, estamos? Ya me he cansado yo de hacer siempre en esta casa el papel de último mono.

PRUD. ¡Casiano!

CASIANO. Sí, señora; desde hoy me pongo yo los pantalones...

PRUD. Yo sí que te voy á poner...

CASIANO. Á mí no me tiene usted que poner nada.

PRUD. Sí, te voy á poner azul.

CASIANO. Y yo á usted de todos colores. (Amenazándola.)

PRUD. ¿Tú á mí?...

CASIANO. Á usted, sí señora... á usted, que abrogándose facultades que no la corresponden, abusando de mi paciencia y de mi sufrimiento, viene ejerciendo en esta casa una dictadura bárbara, una tiranía horrible, indigna de los adelantos y de las luces del siglo en que vivimos.

PRUD. ¡Casiano! ¡Casiano! ¿Dónde has aprendido tú ese lenguaje?

CASIANO. ¡Sí señora! indigna del siglo de las luces... Dictadura, que haciendo rebosar la copa de mi sufrimiento, me ha puesto en el terrible caso de apelar á la insurreccion para derrocarla.

PRUD. ¿Conque tú?...

CASIANO. ¡Yo, sí, yo!...

PRUD. Tú tan pacífico, tan mosquita muerta, te rebelas, colocándote en ese terreno?...

CASIANO. Sí señora, estoy cansado ya de ser su esclavo de usted; de ser un Juan lanas.

PRUD. Bueno, pues yo te anuncio que no perteneciéndote nada de lo que existe en esta casa, te voy á poner en seguida de patitas en medio del arroyo.

CASIANO. Es decir, señora, que me expulsa usted?

PRUD. ¡Cabalito!

CASIANO. Muy bien: cuanto existe en esta casa es de su propiedad, no se lo niego, pero usted, señora, usted es mia, exclusivamente mia, y por lo tanto, ya que no mande en los trastos, mandaré en su pellejo de usted, del cual pienso hacer arrabeles para los chiquillos...

PRUD. Eso será lo que tase un sastre...

CASIANO. ¡Cómo lo que tase un sastre!... ¡Señora! (Se dirige á ella con los puños cerrados, pero Prudencia coge una silla y en acti-

tud hostil le dice:)

PRUD. Acércate y verás...

CASIANO. (Diablo, y es muy capaz de atizarme un silletazo, seamos prudentes.) Es decir...

PRUD. Que hemos concluido, y que desde este momento la calle es de usted y la casa mia. Yo no estoy en el caso de mantener á un zángano, á un haragan como usted.

CASIANO. ¡Señora!... (Se dirige á ella furioso, pero viéndola coger otra vez la silla, vuelve la espalda de repente diciendo.) Hemos concluido... recojo mi ropa y ¡adios para siempre!

PRUD. La del humo... (Vánse cada uno por su lado.)

ESCENA X.

NIEVES, con unos papeles en la mano.

¡Calla! se van cada uno por su lado... y yo que creia ver esto convertido en un nuevo campo de Agramante... ¡Qué lástima! No haber presenciado la escena, cuando me muero por las situaciones dramáticas. ¡Pero cuánto tarda Jacinto! Hoy que quisiera yo tenerle aquí para ver el efecto de esta escena, no viene. (Se pone al balcon.) Nada, no se le ve por la calle... Como de molde sientan aquí aquellos versos...

«Auras, que vertiendo olores,
á las flores
dulces besos regalais,
y en la hermosa primavera
la pradera
con blando aliento animais.
En vuestras alas cargadas
perfumadas
con acacia y azahár,
llevad mis ayes dolientes
diligentes
do se encuentra mi Alhamar.
Decidle que el alma mia
loca ansía

su frente tostada ver,
y en su fogosa mirada
extasiada
amor y dichas beber.
Que dé reposo á la lanza
sin tardanza
y al fatigado alazan,
y á gozar blandos abrazos
en mis brazos
vuele con rápido afan. (Pausa.)
¡Ah! qué pensamiento! Sí, sí, de esta manera no desaprovecho el tiempo. ¡Bartolomé!... ¡Bartolomé! (Llamándole.)

ESCENA XI.

NIEVES y BARTOLOMÉ.

BART. ¿Qué es esu, señurita?... (Asomándose con temor al foro.)
NIEVES. Ven...
BART. ¿Haberá palus?...
NIEVES. No seas necio: ven sin cuidado.
BART. Es que al gatu escaldadu, las costuras le hacen llagas... Acariciárunme esta parte cun la punta del zapatu y duéleme tudavia...
NIEVES. Te he dicho que no tengas cuidado, conque acércate. (Se aproxima.) Tú sabes leer ¿no es verdad?
BART. En cusa imprentada, leu de curridu...
NIEVES. Pero, y en manuscrito?...
BART. En la manu del escritu, tambien mascullu algu...
NIEVES. Bueno: mira si entiendes esa letra. (Le da unos papeles.)
BART. Vaya si la entiendu... es muy clarita...
NIEVES. Lee, lee algo, para que yo vea cómo lo haces.
BART. (Leyendo.) «Sin tí la vida me pesa
y solu morir ansiu,
queres para el pechu miu
el gozo que le embelesa.»
NIEVES. Bueno, bueno, me agrada: sirves para el caso. Ahora

escúchame, voy á enterarte de la situacion de los personajes que figuran en la escena que vamos á hacer...

BART. ¿Cunque vamus hacer una cena?

NIEVES. No, hombre, no; una escena.

BART. Guenu, és cena, és cena...

NIEVES. Mira, para que me comprendas mejor, hacer una comedia.

BART. Esu es otra cosa. Ya comprendu: vamus á echar una relacion comu las que echaban en mi pueblu en la budega del cumun, el tiu Aleju, el sacristan, y el señor fiel de fechus.

NIEVES. Eso es, hombre, eso es. Mira, tú eres la sultana Taira.

BART. ¡Yo una sutana?

NIEVES. Sí... y yo tu amante el valeroso y esforzado Abencerraje Acen. Tú leerás desde donde diga al márgen Taira hasta donde diga Acen.

BART. Es decir, desde aquí hasta aquí. (Señalando en el papel.)

NIEVES. Cabal... Mira, los dos amantes se encuentran sentados bajo la fresca sombra de un bosquecillo de tilos, en la poética ribera del Darro. Empecemos...

«¡Ermosa gacela mia!
Luz del dia,
hourí del sétimo eden,
ansiaba de amor deshecho
mi pecho,
llegar hasta tí, mi bien.
Ver en tus negros luceros
hechiceros
el sol que vida me da,
que eres sultana la rosa
más hermosa
de los cármenes de Alá.»

Ahora tú... (Á Bartolomé.)

BART. (Leyendo.) «Tambien el alma impaciente
ardiente
te *asperaba* cun pasion
y...»

(Declamando.) ¿Qué letra es esta, señurita? (Enseñándola el papel.)

NIEVES. ¡Diablo!... Una *n*, hombre.

BART. Señurita, si tiene tres patas...

NIEVES. Aunque tenga trescientas... ¡Diablo! con esa interrupcion has quitado el efecto á la escena.

BART. «Peru Acen, si recelosu
mi esposu
sorprendiera nuestru amor?

NIEVES. Lo sé, la muerte más fiera
nos diera,
mas no tengamos pabor.»

BART. ¡Ah! pues yo sí, señurita, yo nu quiero que me maten.

NIEVES. Calla, hombre, quién te ha de matar?... Ahora tú...

BART. «Sí, déjame que aspire
la risa refrescante...»

NIEVES. Brisa, hombre, brisa, y va de dos.

BART. «La brisa refrescante,
y que mi ardor mitigue
su soplu bienhechor.
Sí, déjame que beba
lus blancus cencerrillus.»

NIEVES. Blandos cefirillos, hombre!

BART. «Lus blandus cefirillus.

NIEVES. Muramos, amor mio,
en brazos del amor.»

ESCENA XII.

DICHOS y D. JACINTO, que aparece en el foro ántes de acabar Nieves y aplaude los últimos versos.

JAC. (Palmoteando.) ¡Bravo! ¡bravo! ¡Muy bien! ¡Muy bien!

NIEVES. ¡Ah! que eres tú, Jacinto mio.

JAC. El mismo en cuerpo y alma.

NIEVES. Como tardabas tanto, me he puesto á ensayar con Bartolomé una escena que he escrito.

JAC. Sí, ya he visto que estabas completamente entusiasmada. Pero mira, cuando tengas que ensayar así escenas

tan íntimas, déjalas para cuando yo esté.

NIEVES. ¡Como tú tardabas!

JAC. No ha sido culpa mia: al venir por la calle del Cármen, subia yo completamente distraido, cuando me siento asir por dos manos de hierro y oigo una voz terrible que me dice:—«¡Caballerito! ¿No ve usted que llevo la derecha?»—Me vuelvo furioso para castigar al insolente, y me veo á un hombre, mejor dicho, á una especie de oso blanco con una cicatriz profunda en la cara, el cual, apoyado en un enorme roten, me dice:—«Yo he sido, yo he sido; y de la misma manera que le he arrojado en medio de la calle, le arrojo á la sepultura de una estocada ó de un pistoletazo á la hora que usted guste.» ¡Gracias! repliqué yo, no queriendo entretenerme por no hacerte esperar, y me dirigí á paso de carga hácia aquí.

NIEVES. Pues mira, Jacinto, siento que no hallas llevado ese asunto al terreno que corresponde, porque la insolencia de ese hombre merecia una estocada.

JAC. Sí, es verdad; pero lo más probable era que yo la hubiera recibido.

NIEVES. Si tenias esa conviccion, entónces has hecho bien en despreciarle.

JAC. Sí, Nieves; tuve presente que si es honrosa una victoria, no lo es ménos una retirada á tiempo. Pero pasemos á otra cosa. (Saca unos papeles.) Mira, el segundo acto de tu tragedia es ¡magnífico! Yo no he visto nada mejor. Me lo he aprendido completamente. Un sólo defectillo la noto, verás... (Lee.)

«Acen, no hay salvacion, somos perdidos.
Todo lo invade la feroz canalla.
Nuestras cabezas piden, preparando
sus largas y terribles espingardas.»

NIEVES. Bien y qué?

JAC. Estos pensamientos, ni Espronceda; pero, hija mia, en aquel tiempo no habia espingardas.

NIEVES. Bien; pero á mí me gusta mucho esa clase de armas,

tienen una forma tan esbelta, tan poética... Nada, nada; yo quiero que mis personajes saquen espingardas á á la escena.

JAC. ¡Ah! si tú lo quieres, eso es otra cosa: nada, nada, que las saquen. ¿Á que no sabes lo que debiamos hacer?

NIEVES. Qué?...

JAC. Ensayar el final de este acto, la entrada del rey, cuando sorprende á la sultana con el abencerraje.

NIEVES. Bueno.

JAC. Mira; tú haces la Taira, Bartolomé el Boabdil, y yo el Abencerraje.

BART. Yo de badil?

JAC. Sí; tú de rey moro de Granada.

BART. ¡Qué güenu!

NIEVES. Pues mira, Jacinto, ya que vamos á hacer eso, procuremos que la ilusion sea lo más completa posible. (Váse y vuelve con un abrigo encarnado y una nube blanca.) Ven acá; este es el albornoz. (Pone el abrigo á Bartolomé.) Y este es el turbante. (Le lia la nube á la cabeza.)

JAC. Toma, esta es la corva cimitarra. (Le da un baston.) Mira, cuando me oigas á mí decir

«Rey cobarde y traidor, ven. no te temo.»

entras por ese rastrillo, (Señala la puerta del foro.) saltas por cima de los cadáveres que habrá aquí...

BART. ¡Diablu!...

JAC. Y dando cintarazos á diestra y siniestra coges á Taira por el cabello, y arrojándola al suelo, hundes tu alfange en su garganta, diciendo: «Muere, liviana!»

BART. Güenu.

JAC. Mira, la salida ha de ser así... (Se va al foro y penetra de una manera trágica.)

BART. Corriente.

JAC. No te se olvidará?

BART. No, señuritu.

NIEVES. La cuestion es otra, Jacinto: la escena es de noche, y Acen defiende la entrada de la cámara con una clava en la mano derecha y un hacha de viento en la izquierda.

JAC. Eso se hace en seguida. ¿No hay por ahí una cosa cualquiera que me sirva de maza de armas?

BART. Comu nu quiera usted un escubon.

JAC. ¡Magnífico! Tráele! (Bartolomé penetra en la cocina y saca una escoba.)

BART. Aquí está.

JAC. Venga... Ahora cerremos el balcon y las puertas. (Lo hace, el teatro se queda á oscuras.) Tú te sales á fuera, (Váse Bartolomé.) y este pedazo de cerilla con que subo de noche la escalera, nos servirá ahora de hacha de viento. (Le enciende.) Ya estamos... Tú colócate junto á ese calado ajimez. (Puerta de la izquierda.) Yo defendiendo este rastrillo. (Se coloca sobre una silla en la puerta del foro.) Empieza Nieves...

NIEVES. (Declamando de un modo ridículo.)
¡Acen, no hay salvacion! ¡Somos perdidos!
Todo lo invade la feroz canalla;
nuestras cabezas piden, preparando
sus largas y terribles espingardas.

JAC. Taira mia, no temas; el Profeta
que de la vida los instantes marca,
de las nuestras el fin ha señalado.
¡Cúmplase, pues, su voluntad sagrada!
¡Corren! ¡suben! ¡ya llegan! ¡ya se acercan!...

NIEVES. El momento fatal llegó!

JAC. Sultana,
el primero que pise estos umbrales
la tumba le abrirá mi férrea maza.
¡Atrás, cobarde grey! ¡Atrás, verdugo!
Al que dé un paso más, le arranco el alma.

CIP. Rey cobarde y traidor, ven, no te temo.»

ESCENA XIII.

DICHOS y D. SILVESTRE, por el foro, á poco D. CASIANO, PRUDENCIA y BARTOLOMÉ.

D. Jacinto al ver aparecer á D. Silvestre, apaga la luz creyendo que es Bartolomé, le sacude un escobonazo diciendo:

JAC. ¡Ya queda satisfecha mi venganza!

SILV. ¡Rayos y truenos!...

JAC. ¡Cielos, el oso blanco!

(Al oir gritar á D. Silvestre, Jacinto y Nieves, conociendo la equivocacion, huyen á favor de la oscuridad, y sin saber lo que pasa se presentan por distintas puertas D. Casiano y Doña Prudencia; al mismo tiempo Bartolomé hace su entrada por el foro. Todo esto debe ser muy rápido.)

BART. (Á Doña Prudencia.) «¡Muere, liviana!»

PRUD. ¡Toma! (Le da un bofeton.)

BART. ¡Ay! Esto no estaba en el papel.

PRUD. Ya eres mio. (Cogiendo á Bartolomé.)

SILV. (Que ha estado buscando á oscuras, coge á D. Casiano junto al balcon.) ¡Ya has caido! Voy hacerte tajadas; pero ántes voy á ver quién eres.

CASIANO. Pero señor mio, qué confusion es esta.

(D. Silvestre teniendo cogido á D. Casiano, abre el balcon, la escena se ilumina, y Doña Prudencia tiene tambien cogido á Bartolomé.)

SILV. ¿Conque eres tú? ¡Cocinero infame!

CASIANO. ¡Que me ahoga! ¡Que me ahoga!

PRUD. ¡Criado insolente! Vas á morir.

BART. Señora, que soy el rey badil.

PRUD. ¿Que eres rey? Pues yo soy reina en mi casa y voy á degollarte vivo.

BART. (Gritando.) ¡Don Jacintu, señurita Nieves! que quieren desullar al rey moru de Granada.

ESCENA XIV.

DICHOS, JACINTO y NIEVES.

NIEVES. Señores, haya paz: nosotros tenemos la culpa de cuanto ha sucedido. Estábamos ensayando una escena de

mi tragedia, y sólo la casualidad ha hecho que reciba usted el golpe (Á D. Silvestre.) que Acen (Á Jacinto.) descargaba sobre el rey Boabdil. (Á Bartolomé.)

SILV. ¡Calla! Conque estaban ustedes ensayando una tragedia?...

PRUD. ¡Hola! Conque vosotros vestisteis á Bartolomé...

NIEVES. Sí...

SILV. (Soltando á D. Casiano.) ¡Qué casualidad! ¡Já! ¡já! ¡já! ¡já!...

PRUD. (Soltando á Bartolomé.) ¡Qué cosa más rara!... ¡Já! ¡já! ¡já!...

SILV. ¡Qué lance más gracioso!

CASIANO. ¿Sí? Pues á mí no me hace maldita de Dios la gracia!

BART. Ni á mi tampocu.

CASIANO. Parece que tengo una corbata de hierro. Tiene usted unos dedos como tenazas. (Á D. Silvestre.)

BART. Pues yo tengu desculgadas las urejas.

SILV. (Á D. Casiano.) Dispénsame, hombre, yo creí que tratabas de embromarme.

BART. (Á Nieves.) Señurita, yo nu quieru ser más el rey badil. (Se quita el abrigo y la nube. Ap.) (Hacer de sultana es otru casu, siquiera le abrazan á unu.) (Váse.)

SILV. Señora, ya que sabemos que cuanto ha ocurrido fué una broma, pasemos ahora á las veras. Yo vengo por la contestacion de usted: pero convencido de que será un sí, la anuncio que he empezado á arreglar las cosas de tal manera, que ántes de terminar el mes nos uniremos para siempre.

CASIANO. ¡Me alegro mucho! (Así me la quitaré de encima.)

PRUD. (¡Dios mio, qué hago yo ahora!)

SILV. Conque usted dirá...

PRUD. (Casiano, yo no sé qué hacer.)

CASIANO. (No sabe usted qué hacer? eh? Usted, no es mi mujer; puede usted casarse con quien quiera, que yo no la he de poner impedimento, esté segura!)

PRUD. ¡No seas estúpido!

SILV. ¿Conque, en qué quedamos?

CASIANO. (En que sí... sí...

PRUD. En que no.

CASIANO. Sí, sí.

PRUD. ¡Infame! Me entregas como á una cosa despreciable?

CASIANO. Si te digo como me dijiste, ¡la del humo!

PRUD. Pues bien, yo jugaré el todo por el todo.) Señor don Silvestre, yo no puedo admitir su mano de usted.

SILV. ¡Cómo! ¿Calabazas á mí?...

PRUD. Porque yo tengo mi marido...

SILV. ¡Rayos y centellas! ¿Querido, eh? ¿Conque tiene usted querido?... ¿Y quién es? ¿Quién es?

PRUD. Ese, ese... (Señalando á D. Casiano.)

CASIANO. ¡Diga usted que no! ¡diga usted que no!...

SILV. ¿Conque eres tú mi rival? ¡Cocinero infame! ¡Marqués de la ensalada! ¡Señora!... y usted desprecia á un caballero como yo por un miserable estropea platos, por un ente que pasa su vida entre el pimenton y los cominos!

CASIANO. Pero si yo no...

PRUD. (Casiano, ten energía, ó nos perdemos. Acuérdate que soy tu esposa, y que debes sostener los sagrados derechos que la ley te da sobre mí.

CASIANO. No hables de eso, que perdemos la pension!) ¡Caballero! ¡Caballero!...

SILV. Embustero yo? Te voy de un puñetazo á juntar el cráneo con los riñones.

CASIANO. ¿Á mí? ¿Á mí?

SILV. Sí, á tí; te voy á comer...

CASIANO. ¿Jesus, qué bárbaro! ¿Si será antropófago?

SILV. ¡Ahora verás!... (Se dirige á D. Casiano con los puños cerrados; este huye y él le persigue hasta que Nieves le contiene diciéndole:)

NIEVES. Despacio, despacio, señor mio.

SILV. ¡Uf!...

NIEVES. Lo que está usted haciendo es indigno de una persona decente.

SILV. ¡Señora! ¡señora!

NIEVES. Los caballeros ventilan sus cuestiones á estocadas ó á pistoletazos.

CASIANO. ¡Sí, señor!... ¿Está usted?...

SILV. Tiene usted razon, señora; me he dejado llevar de la impetuosidad de mi carácter. Estas cuestiones deben ventilarse en el campo... Elija usted armas, sitio y hora. (Á Casiano.)

CASIANO. Yo no sé manejar ninguna...

SILV. Entónces la pistola iguala las fuerzas... se preparan un par de ellas, y nos mandamos el uno al otro una almendrita.

CASIANO. ¡Corriente! si ha de ser con almendras no hay dificultad ninguna.

SILV. Sí, señor; almendras... de plomo.

CASIANO. ¡Diablo! Entónces no hay nada de lo dicho; tengo yo la dentadura muy delicada para semejantes peladillas.

SILV. ¡Cómo! ¿se niega usted á batirse?

CASIANO. ¡Sí señor!

SILV. Usted es ¡un miserable! ¡un cobarde!

CASIANO. ¿Y qué? ¿Y qué?

SILV. ¿Cómo y qué? Te voy... (Se va á lanzar á él y Nieves le contiene diciéndole:)

NIEVES. Alto, señor mio; este caballero acepta.

CASIANO. ¡Chica! ¡Chica!

NIEVES. (Acepte usted y no tenga cuidado.)

CASIANO. Sí, señor; acepto, acepto.

SILV. ¡Gracias á Dios! Pronto tendré el gusto de beber su sangre de usted.

CASIANO. ¡Qué vampiro!

SILV. Vuelvo en seguida; voy por mis padrinos y mis armas. (Váse.)

ESCENA XV.

DICHOS, ménos D. SILVESTRE.

CASIANO. Cómo salgo yo ahora de este atolladero, ¡Dios mio!

NIEVES. No tenga usted cuidado.

CASIANO. ¿Cómo que no tenga cuidado, muchacha? Ese hombre volverá...

NIEVES. Claro que volverá.

CASIANO. ¡Y entónces!... ¿Quién me salva á mí?

NIEVES. Yo: esté usted tranquilo, tenga usted confianza, ya he pensado el medio de que quede usted con honra sin correr exposicion alguna.

CASIANO. ¡Oh poder omnipotente del génio!

NIEVES. Diga usted, tia; dónde está esa medicina que toma usted para la tos?

PRUD. ¿Cuál? la helicina?...

NIEVES. Sí.

PRUD. En mi mesa de noche.

NIEVES. Voy por ella. (Váse.)

CASIANO. ¿Qué pensará hacer esta muchacha?

JAC. Confie usted en ella; su imaginacion traviesa vencerá todas las dificultades.

NIEVES. Ya estoy aquí. (Sale trayendo un frasco de helicina.) Lea usted. (Á D. Casiano.)

CASIANO. (Leyendo.) Helicina. (Nieves coge una pluma y enmienda el rótulo del frasco.)

NIEVES. Lea usted ahora.

CASIANO. ¡Estricnina!...

NIEVES. Cabalito...

CASIANO. Pero...

NIEVES. Óigame usted: cuando vuelva ese caballero, con mucha serenidad, con mucho aplomo, le presenta usted este frasco y le dice: puesto que soy el desafiado, estas son las armas con que hemos de batirnos. Si se empeñase en llevar adelante el asunto, se presentan dos vasos de agua con dos esponjados, se pone en uno de ellos una cucharada de esto, eligen ustedes cada uno el suyo, si vé usted que él bebe, se hace usted el muerto y asunto concluido.

CASIANO. ¡Oh, sobrina de mi alma! Dios te conserve ese ingenio tan superior.

NIEVES. (Al balcon.) Un coche se ha parado y un caballero se

apea y habla con otro que queda en el interior... es nuestro hombre, ya penetra en el portal.

CASIANO. ¡Dios quiera que mi gallo salga bien de esta!...

NIEVES. Tia, alejémonos de aquí, nosotras debemos observar desde esa estancia inmediata pana acudir en caso necesario.

CASIANO. Eso es, chica, eso es. Venga, venga ese terrible veneno. (Toma el frasco y lo guarda en un bolsillo.)

NIEVES. Serenidad y valor. (Vánse.)

ESCENA XVI.

DICHOS, ménos PRUDENCIA y NIEVES, D. SILVESTRE por el foro.

SILV. Estoy á las órdenes de usted. En la puerta espera mi padrino y un coche que nos conducirá al sitio que gusten.

CASIANO. Caballero, veo con sentimiento que usted ha olvidado las leyes del duelo.

SILV. ¿Cómo qué? ¡Yo no he olvidado nada!

CASIANO. Sí señor; y si no, quién es aquí el provocado?

SILV. Usted.

CASIANO. Corriente, pues entónces á mí me corresponde el derecho de elegir armas.

SILV. ¿Y quién se le disputa? Á mí me son todas completamente iguales; desde el puñal, hasta el cañon, puede usted elegir la que le agrade.

CASIANO. Pues señor mio, yo no quiero batirme con ninguna de esas.

SILV. ¡Cómo!...

CASIANO. Lo dicho; y puesto que tengo el derecho de eleccion, las armas que designo son estas (Presentando el frasco.) Lea usted!... ¡lea usted!

SILV. (Leyendo.) ¡Extricnina!...

CASIANO. Si señor, un veneno activísimo...

JAC. Un veneno, cuyo efecto es tan rápido como el rayo...

CASIANO. Se preparan un par de vasos de agua con dos esponjados, se pone en uno de ellos una cucharada de este

sabroso néctar, echamos suertes, y cuando el señor haga la señal, zás! los apuramos de un sólo trago, y al que le toque la china, revienta instantáneamente como un ciquitraque.

SILV. ¡Señor mio! esa es una barbaridad! Yo no estoy en el caso de morir como un perro vagabundo.

CASIANO. Ni yo á tenazon como un conejo.

SILV. ¡Pero!...

CASIANO. Nada... No hay tu tia. Ó acepta usted, ó tendré el derecho de poder decir á todo el mundo, que don Silvestre Verdugo y Campo Rojo, es un cobarde.

SILV. ¡Rayos y truenos! Vengan los vasos de agua. (D. Jacinto penetra en una de las habitaciones y trae en una bandeja, dos vasos con dos azucarillos.)

JAC. Ya están aquí. (Coloca la bandeja en la mesa, junto á la que aproxima dos sillas.) Ahora, caballeros, vuelvan ustedes la espalda á esta mesa, pues voy á poner en uno de los vasos la cucharada consabida. (Los dos se vuelven de espaldas, D. Jacinto pone en un vaso un poco de helicina; mientras esto sucede D. Silvestre dice:)

CASIANO. (Quién tuviera ojos en el cogote!)

JAC. Ya está...

SILV. Ahora, bien, señor don Silvestre, si usted tiene alguna duda de la actividad de este veneno, y quiere asegurarse, puede usted probarlo... pruébelo usted. (Acercándole el frasco) Pruébelo usted...

SILV. ¡Vaya usted al infierno! (Rechazándole.)

CASIANO. Corriente; en ese caso, sentémonos. (Se sientan junto á la mesa.)

SILV. (¡Estoy sudando! y siento asi una cosa parecida al miedo.)

JAC. Cuando ustedes gusten.

SILV. ¡Ah!

CASIANO. Elija usted, caballero. (Señalándole los vasos de agua.)

SILV. (¿Cuál será el del veneno?) (Alarga la mano y la retira sin coger el vaso, diciendo:) No señor, á usted le corresponde de derecho.

CASIANO. Corriente, pues elijo este que está á su lado de usted. (Coge el vaso que está cerca de D. Silvestre.)

SILV. (¡Diablo! ¿Si los conocerá?...) Alto, señor mio, ese estaba á mi lado, y me corresponde.

CASIANO. Me es igual, tómele usted. (Alargándosele.)

SILV. No señor, está en buena mano; tomo este. (Coge el otro vaso.)

JAC. Á la una, á las dos... á las tres... (Se llevan los vasos á la boca; D. Casiano lo apura de un trago: D. Silvestre no bebe, y al ver que su contrario deja el vaso vacío, él deja el suyo lleno, alzándose repentinamente de la silla.)

CASIANO. ¡Esto es hecho! (Dejando el vaso.)

SILV. ¡Demonio! (Se levanta.)

CASIANO. ¡Caballero! ¿Qué es eso? ¿No ha bebido usted?... ¡beba usted!...

SILV. ¡No quiero!...

CASIANO. En ese vaso está la muerte!... ¡Beba usted!

SILV. No me da la gana.

CASIANO. ¡Caballero! ¡Beba usted!... ¡beba usted!

SILV. ¡Yo no me suicido!. .

CASIANO. ¿No? Pues haré público su cobarde modo de obrar. (Grita.) ¡Prudencia! ¡Nieves! ¡Bartolomé!

SILV. No quiero sufrir ese bochorno... ¡Voy á pegar un estallido. (Váse desesperado.)

CASIANO. Espérese usted... espérese usted, señor maton.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, PRUDENCIA y NIEVES.

PRUD. / NIEVES. } Já! já! já!

CASIANO. Sobrina de mi alma, me has salvado.

JAC. No le dije á usted que ella lo arreglaria todo?

NIEVES. Pues bien, ahora que ya se ha conjurado el peligro y que el enemigo comun huye en derrota, procuremos evitar las discordias intestinas; vivamos en una paz inalterable.

CASIANO. Dices bien, echemos pelillos al mar; pero con la condicion de que no me diga Prudencia nunca, que yo no tengo aquí nada puesto. Porque

ha sido muy gordo, chica,
mi susto en esta ocasion,
y he arriesgado la pellica
POR NO PERDER LA PENSION.

FIN.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Marti.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	J. Gossart.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	I. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Aviles.	E. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.
Bejar.	J Telxidor.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	R. Montoya.
Cáceres.	H. E. Perez.
Cádiz.	V. Morillas y Compañía.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres.
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castroúrdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta.
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N. Taxonera.
Figueras.	M. Alegret.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.
Guadalajara.	R. Obana.
Habana.	M. Lopez y Compañía.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno:
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Floixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Miñon Hermano.
Lerida.	J. Sol é hijo.
Linares.	J. M. Caro.
Logroño.	P. Brieba.
Lorca	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vincnt.
Malaga.	J. G. Taboadela y F. de Moya.
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D. Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrión.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Córdoba.)	J. de la Cámara.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prins.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez.
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	J. Gay.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herrauz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I. Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	J. Oguendo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerias de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Cármen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.